

*EL ASTERO DE PLATA*

**Edmundo Motta Zamalloa**



## INTRODUCCION

El Astero de Plata es un premio simbólico consistente en una medalla de plata que se le unce al toro vencedor al final de un cotejo en Cerro Juli (Arequipa), como epílogo de las ferias agrarias anuales. A diferencia de otras expresiones que se derivan del agrarismo arequipeño, El Astero de Plata convierte todavía las peleas de toros en la imagen más viva de lo que Atahualpa Rodríguez llamó por los años cuarenta "Arequipa es chacra". Aunque han cambiado significativamente los lugares tradicionales de producción agrícola (chacras) con elementos introducidos por la modernización, los cotejos entre toros sorprenden por su aparente vitalidad al sobreponerse a las transformaciones y concitan una audiencia que excede a los límites de una población ligada a la actividad agraria.

Tres propósitos animan al presente trabajo: mostrar la conversión del toro en una entidad cultural a partir de un contexto definido económica y socialmente por el agrarismo, en el que el elemento toro se constituyó históricamente en la fuerza de tracción más importante entre los instrumentos de producción. De otra parte, cómo la capitalización de la agricultura y la secuela de modernización termina por transferir el control de este espectáculo a una burguesía agraria. Y, finalmente, su empleo metafórico en una relación social de tipo conflictivo.

### *1. El toro de Andalucía*

La conocida difusión del toro en la mitología andina se debe a su temprana vinculación con la agricultura. En Egipto identificó a las principales divinidades, debido a que fue el principal elemento de trabajo en la actividad agrícola. Son de engendro bovino Hathor, Nut, Isis, Nafthis; más tarde Apis, Nrevis, Bukis, Osiris, Ra Athum y Montú. Igualmente importantes son el dios toro Anu en Mesopotamia, el Minotauro, en Creta. En Beocia el mito

Orión a quien Diana, la diosa, convirtió en constelación. Roma tuvo una importante mitología basada en la figura del toro. En España, la leyenda del toro de oro, el del Oricuerno (1) que con los conquistadores pasara al nuevo continente, México primero y después, Perú.

El signo más saltante de los mitos basados en el toro está asociado al sentido de fertilidad. Como advirtió José María de Cossío (2), en la natural bravura y fortaleza muscular del toro la humanidad descubrió desde los momentos de la revolución neolítica un ingente depósito de energía sexual. Un ligero examen de mitos, leyendas y rituales a través de los siglos y aún en las sociedades andinas actuales puede mostrar la pervivencia de la misma carga semántica.

El toro español es el resultado de una lenta asimilación en las zonas montañosas de Navarra, Andalucía, Extremadura, Salamanca, de donde se expandió hacia Nueva Castilla. Según de Cossío, dos fueron las vías de introducción de la especie de bovinos en España. El primer foco está localizado en Egipto, de donde los árabes lo habrían llevado al norte de Africa y de allí a España. Posteriormente se introdujo en Inglaterra, Suiza y China (3). Esta raza llamada "d'Hérens" se caracteriza por poseer un natural instinto combativo; sería precursora de los toros de lidia y en el país de los faraones se los dedicaba a las peleas. La otra vía de introducción provendría de Asia, a través de los Celtas. Contrariamente, esta raza llamada por los celtas "au-roch", que quiere decir "toro salvaje", era de baja estatura y carecía de bravura; en compensación, poseía cuernos de gran desarrollo y casi verticales. Estos datos nos revelan acerca de la antigüedad de las peleas de toros que forman parte de los rituales agrícolas y que, más recientemente, conocieron otros pueblos europeos como Escocia y Suiza, aunque con pronunciada reserva. En Suiza este "típico deporte" se limitaba a una práctica casi íntima y clandestina, pues sus habitantes lo consideraban de carácter brutal y procuraban con mucho celo ocultarlo a los ojos de los extranjeros.

Corrientemente una pelea de toros está considerada al margen de las corridas, y la historiografía como los espectáculos taurinos se refieren exclusivamente a las corridas. Pero en la vida española hubo una afición nada mezquina por las luchas entre fieras que incluían peleas de toros, aunque en menor proporción. Y las cortes reales tuvieron predilección por tales espectácu-

---

(1) Alvarez de Miranda, A. Ritos y juegos del toro; Madrid, 1962.

(2) De Cossío, José María. Los Toros: tratado técnico e histórico, t. I; Madrid, 1951.

(3) De Cossío: Ibid.

los. En el siglo XV, Enrique IV ofreció una singular recepción a su visitante Juan de Fox, Conde de Armagnac, agasajo que incluía una lucha sangrienta entre dos toros y una leona. Similar gracia ofreció en el siguiente siglo el duque del Infantado, esta vez en Guadalajara, al cautivo rey de Francia Francisco I. En 1631 con motivo de cumplir años el Príncipe Baltasar Carlos, el pueblo presenció otro encuentro sangriento entre un león, un toro y un tigre que fueron previamente encerrados en la jaula con animales domésticos (gatos, perros, gallos) para que exitaran su furia. Con regular continuidad se siguieron practicando estas luchas durante el siglo XVIII, pero decrecieron en el siglo XIX. Es lógico pensar que en aquellos eventos se programaban también peleas entre toros. Por ejemplo, el dos de febrero de 1922 se llevó á cabo una de Pedro López —castellano—. Es de suponer que estos juegos contaron con un amplio respaldo popular. Pero el interés y la afición por las luchas entre fieras, en general disminuyeron a finales del siglo XIX. Por mandato de una ley se prohibieron en 1900. En la fecha del 2 de febrero de aquel año un encuentro entre un toro y un tigre resultó accidentado, con el saldo de un muerto y diecisiete heridos. Este hecho nefasto puso fin, legalmente, a la afición por las luchas entre fieras y, lógicamente, por las peleas de toros (4).

En cambio las corridas de toros tuvieron una suerte distinta. Contaron desde un principio con la aceptación del público no sólo español sino europeo y, principalmente, en las colonias del Nuevo Mundo. Aunque sus orígenes se remontan al siglo XII, a la afición por la caza de los hombres de la realeza y de los caballeros de lanza en ristre, las corridas de toros, tal como se las entiende en la actualidad, alcanzaron su verdadera expresión a la altura de 1726, y aunque no fue creación Andaluza fueron andaluces quienes abrieron su mayor esplendor y estilo desde el último tercio del siglo XVIII (5). Su primer reglamento fue publicado recién el 30 de junio de 1852 sólo para regir en la capital de España pero sirvió de modelo a las demás ciudades de la península. Aún cuando no había sido elaborado aquel reglamento, las corridas de toros ya habían sido introducidas en las colonias de América casi desde los mismos años en que se produjo la conquista. Primero fue México y su distribución por el resto de países siguió la misma ruta de la expansión colonizadora.

Desde el primer tercio del siglo XVI los españoles lograron imponer sus costumbres, usos, lengua y religión, pero el período de las guerras civiles

---

(4) De Cossío: *Ibid.*

(5) Además de De Cossío; *Op. cit.*; puede consultarse Ortega y Gasset, J.: *Los toros*. Madrid, 1962; pág. 139.

que ensangrentó a los conquistadores impidió que la fiesta taurina echara raíces en el Perú (6). Sólo con la muerte de los principales actores de la conquista a partir de 1556 comienza a tratarse la fiesta taurina con cierta desenvolvitura. La primera corrida que se verificó en Lima, según tesis corregida por Ricardo Palma y que admite Calmell, fue el 29 de marzo de 1540, el segundo día de Pascua de Resurrección para celebrar la consagración de Oleos hecha por el Obispo Fray Vicente Valverde; fiesta en la que se lidiaron tres toretes de Maranga, matando el segundo de ellos a rejonazos el Marqués don Francisco Pizarro (7). A esta tesis le asiste un hecho histórico. La probabilidad de que los toros hayan sido introducidos en el Perú en 1539 está contenida en la información del Cabildo de Lima de aquel año en que varios vecinos de esta ciudad solicitaron asientos para dedicarse a la crianza de ganado vacuno, y el padre Bernabé Cobo afirma que recién en 1548 comenzaron a matarse los animales de Castilla cuando habían aumentado en número considerable (8).

Su difusión hacia otros lugares del Perú se produjo durante aquellos mismos años, pues en 1550, según el testimonio del Inca Garcilaso de la Vega, se vio a los primeros toros arar en el valle del Cuzco y que eran de propiedad de Juan Rodríguez de Villalobos, a los que llamaban "Chaparro", "Naranja" y "Castillo". Y el ingreso de la primera hornada de toros en Arequipa por el criador y carnicero don Hernando Aguilar, está registrado para el año de 1546. La difusión del toro en el territorio peruano se realizó principalmente en las zonas llamadas "cabeceras de sierra", que por tener un clima templado y abundante pastizal permitieron la crianza y producción del ganado vacuno, al mismo tiempo que eran lugares propicios para la conservación de su bravura. A partir de 1568 se incrementó el volumen de reses con la promoción de un nuevo contingente de procedencia Navarra que fue importado por los padres de la Compañía de Jesús, con los cuales se poblaron la mayor parte de ganaderías repartidas en todo el territorio peruano.

Como afirma Calmell, en el siglo XVII ya son profusas las corridas de toros en Lima como en provincias. En el siguiente siglo se construyeron tres plazas para corridas, sólo en Lima. Acho, que data de 1770, se convirtió en la tercera plaza de importancia en el mundo después de la Real Maestranza de Sevilla y la de Zaragoza. Su frecuencia es apreciable en el siguiente siglo incluidos los inicios del presente.

---

(6) Calmell, José: Historia taurina del Perú (1535-1935); Lima, 1936.

(7) Calmell: *ibid.*

(8) Calmell: *ibid.*

Oficialmente ésta es la fiesta que los españoles introdujeron en Arequipa a partir de 1546. Declarada por el cabildo del 10 de agosto de 1555 entre las festividades permitidas (9) las corridas de toros alcanzaron un interés comparable a las de Lima. Pero durante la colonia habían otras diversiones que dieron a Arequipa un perfil regional y localista. Zegarra Meneses (10) refiere algunas de ellas: peleas de toros, gallos, carreras de caballos, candeladas o fogatas, fuegos artificiales, representaciones teatrales en los atrios de las iglesias o plazas públicas. La pomposidad con que se celebraban las festividades religiosas era seguida infaliblemente por las corridas de toros y otros espectáculos que conservaban casi en su integridad rasgos hispánicos. La fusión con las formas provenientes del campo, más precisamente de la actividad agraria, se produjo en la medida que aumentó la tasa de mestizaje (11), de manera que las formas marginales, culturalmente hablando, terminaron por envolver a las expresiones puritanas de origen español. Cuando no se produjo esa fusión, el agrarismo arequipeño identificó sus propias manifestaciones culturales. Si no ha logrado imprimir un sello propio a las corridas de toros de la manera como hicieron otros pueblos andinos, potenció en cambio las peleas de toros hasta convertirlas en un espectáculo con mayor resistencia a las transformaciones socio-económicas del presente siglo. La construcción y la puesta en funcionamiento del ferrocarril a partir de 1872, que trajo el capital inglés y también elementos de la cultura inglesa, desplazó los rasgos españoles, todavía vivos. Pero desde 1910, las peleas de toros describen una línea de ascenso durante ese mismo tiempo. Se puede apelar además a otras explicaciones, principalmente a las transformaciones de la estructura agraria como resultado de la extensión del capital comercial a la agricultura y la posterior atención dirigida al desarrollo de la ganadería. Pero este argumento sólo puede dar cuenta de la diferencia entre ambas festividades que tienen como elemento central al toro. Lo importante ya se había dado, y es aquello que se refiere al origen de las peleas de toros y a su enraizamiento desde la colonia. Aunque no tengamos una documentación suficiente que verifique la fecha ni mucho menos si la riña entre toros fue también, como las corridas, un aporte de España, o fue como se ha difundido, una creación de Arequipa colonial, no cabe duda que Arequipa se convirtió en el escenario donde las peleas de toros adquirieron su máxima expresión sin los prejuicios de que estuvo rodeada en Suiza o la prohibición que sufrió en España.

---

(9) Véase "Documentos primitivos del Cabildo de Arequipa", preparado por Ladislao Cabrera Valdés; Arequipa, 1924.

(10) En "Arequipa en el paso de la Colonia a la República"; Arequipa, 1971; pág. 82.

(11) Aunque no existe un estudio sobre el proceso de mestizaje en Arequipa, puede consultarse el trabajo de J.G. Carpio Muñoz "El Yaraví Arequipeño"; 1977.

## 2. *La Campiña*

La articulación entre sociedad y cultura se da de una manera tan estrecha que, por lo menos en el caso de Arequipa, integró una unidad modelada por el agrarismo. Basta observar sus cuadros pictóricos en los que se transparenta el paisaje y la cotidiana actividad agrícola, o sus composiciones musicales y líricas, la práctica de sus costumbres, los hábitos de su habla replegados hoy en día a los extramuros de la ciudad, su religión y hasta las fijaciones de su dieta, para afirmar cuánta influencia ha ejercido la campiña desde la colonia no ya sólo en las expresiones culturales sino en el conjunto de la vida ciudadana. No son meras afirmaciones de circunstancia o simples hallazgos de la intuición, aún en boca de sus altos poetas o políticos, decir que el prototipo de arequipeño deriva de la chacra. Como muy bien ha escrito Peralta Vásquez (12), “el meollo de la singularidad de Arequipa está, sobre todo, en sus costumbres de origen agrario”, de suerte que aparece más visiblemente aquella determinación de la “manera de trabajar” en el “modo de ser”.

Como es fácil de suponer, la campiña no fue sólo la dimensión panorámica inmediata a la ciudad. De la misma manera que fue la despensa de trigo, maíz, legumbres, fue también la despensa de su lenguaje, canciones, danzas. Por esta razón Valcárcel la percibió como “la más campesina de las ciudades peruanas” (13). Y la intuición popular, estética y hasta política encontró en ella las determinantes de su historia. Francisco Mostajo, por ejemplo, hallaba en el desierto y el volcán la deuda de ser arequipeño (14). El volcán gravitó en la conducta social de manera constante, desde una actitud individual hasta un comportamiento colectivo de carácter religioso; y a través del sillar configuró una arquitectura propia que le ganó el apelativo de “ciudad blanca”. Por otro lado, la amenaza del desierto alentó la permanente vigilancia del espacio agrícola y engendró soñados proyectos de convertir los arenales en áreas verdes en base a un sistema de irrigación artificial.

Cuando alguien emprende el estudio de uno de esos productos que se precisan como cultura, cualquiera sea su característica, y sigue la pista de su formación hasta los momentos de sus orígenes, se encuentra con relativa frecuencia con esos accidentes de la naturaleza que se perciben como elementos constantes de expresión, representación y simbolización. La razón parece evidente: lejos de ser pasiva, un objeto dado sólo para el trabajo, la naturaleza

---

(12) Véase “La faz oculta de Arequipa”, 1977; pág. 15.

(13) En “La ruta cultural del Perú”; Lima, 1973; pág. 63.

(14) Peralta: 64.

deviene en singularmente activa con profundas influencias en las decisiones del hombre. Tales "accidentes", aunque físicamente externos a la campiña, forman la parte de cosmovisión del agrarismo; y es que la actividad agrícola, en este caso particular, no puede ser reducida únicamente a su dimensión económica cuando aparece claramente en niveles incluso subjetivos.

Para una percepción urbanística, tradicionalmente la campiña comprende el cinturón verde que rodea la ciudad cuya distancia varía desde los 1.80 Km., caso Yanahuara, hasta los 20 Km., caso Uchumayo; y en otros, y de acuerdo a un criterio más bien económico que urbanístico, esa distancia puede incluir Chiguata, situada a 30 Km. Son harto populares los lugares como Cayma, Paucarpata, Sabandía, Characato, Mollebaya, Quequeña, Sachaca, Socabaya, Tingo, Tiabaya, que forman en total una sola unidad agrícola (15), actividad que se caracteriza por ser intensiva y de alta eficacia: Enriquecida con elementos químicos (nitrógeno, fósforo, potasa, calcio, carbonato) y asistida por un sistema de riego continuo, las tierras de cultivo no sólo permiten un alto rendimiento sino que pueden ser aprovechables durante todo el año sin que ello signifique desgaste en su capacidad de producción.

La combinación de diversos cultivos que permitieron completar relativamente la despensa familiar, y cuyos ciclos incluían particulares expresiones festivas, fueron variando en la medida de la capitalización de la agricultura. El aprovechamiento multicíclico dejó paso a los monocultivos con relación directa a determinadas unidades industriales. En ese sentido la alfalfa terminó por convertirse en el cultivo dominante en la totalidad de regiones agrícolas del departamento, sobre todo a partir de 1943 en que se estableció la empresa Gloria S.A. Los demás productos pasaron a categoría complementaria con un peso más significativo en el consumo familiar que respecto al mercado.

Pero la época de sustituciones había empezado muchos años atrás, afectando de manera general los patrones de ordenamiento social tanto en el sector agrícola como urbano, y con una mayor velocidad entre los años 1915 y 1935, período en el que recién hicieron impacto real los avíos ingleses. "El

---

(15) Para tener una imagen de la campiña tanto en su aspecto panorámico como en su economía, su distribución demográfica, pueden consultarse publicaciones estadísticas elaboradas por los organismos del Estado; principalmente "Censo Nacional de Población y Vivienda" de 1972, correspondiente al departamento de Arequipa (t. I-II); el "II Censo Nacional Agropecuario" de 1972 Ts. I-II. Igualmente "Características socio-económicas de la población de la ciudad de Arequipa"; Lima, 1966. Entre las monografías "Ensayo monográfico del distrito de Socabaya" de Doris Muñoz Barriga; Universidad Nacional-San Agustín de Arequipa (UNSA), 1968. "El agro Arequipeño" de E. Vargas Cárdenas, UNSA, 1965. "Reforma Agraria y ganadería lechera en el Perú" de Jorge Jelacic, 1978.

impacto de los artefactos que se iban importando cada vez con mayor profusión —escribe Peralta— hizo cambiar costumbres y modos de trabajar. . . Las máquinas de coser invadían los hogares de la clase media y daban nueva fisonomía a la artesanía, las sastrerías y las costurerías. Las máquinas de escribir, antes circunscritas a los grandes establecimientos comerciales, se hacían presente en las oficinas y estudios de los abogados, dejando cesantes a muchos secretarios a péñola. Las cocinas de carbón y la leña fueron desplazadas poco a poco por los “primus”, las cocinas a gas y las eléctricas. Las máquinas tejedoras fueron reemplazando a las manos hábiles de monjas y amas de casa que hacían primores con el croché; el teléfono, a los mensajeros urbanos; las llantas de automóviles y camiones, a las ruedas de hierro de birloches y carretas; las carreteras, a los caminos de herradura; el cemento y el ladrillo, a la cal y el sillar en las construcciones urbanas; la máquina calculadora, al matemático de oficina; el bolígrafo, a la pluma de sopar en tinta; los tractores, a los bueyes aradores; los camiones, a las carretas, y en parte, a los burros y a las mulas de carga; (. . .) el box profesional (. . .), a los trompadores de barrio; los *match* de fútbol, a las corridas de toros” (16). En síntesis, la introducción de nuevas unidades de trabajo erosionaron sustancialmente el panorama tradicional, decimonónico, de la ciudad, pero con efectos desiguales.

Por lo que respecta a la organización del trabajo agrícola, es evidente el incremento de las unidades mecanizadas; también es cierto que se mantuvieron en el mismo índice de requerimiento las fuerzas de trabajo tradicionales (17). El tractor no liquidó al arado, dándose, al contrario, a las dos fuerzas, un empleo combinado, sustentado por una relación de tipo salarial.

Los propios agricultores se encargan de señalar las ventajas que todavía ofrece el arado, debido, en gran parte, a que permite economizar el gasto de producción al no transferir totalmente el uso de la energía animal a la mecanizada. Por lo que, como en las mejores épocas de la colonia, la yunta de toros continúa siendo requerida, como fuerza de trabajo, muy particularmente en parcelas de menor extensión para la preparación de suelos, que incluye remoción del terreno, desbroce de raíces o “matagusano”, formación de glebas. Las demás etapas del ciclo agrícola son cubiertas con el concurso de un creciente proletariado rural.

La opción por el arado está condicionada además por la relación entre área de cultivo y la conducción de la misma que, como es bien conocido, oscila entre pequeños y medianos propietarios, con una concentración

---

(16) Peralta: Op. cit., 42.

(17) Vargas Cárdenas, E., Op. cit.

mayoritaria de los primeros (18). Y la real diferencia entre los dos está dada por su capacidad de conversión a la economía ganadera, pues aquí es donde se produce una efectiva acumulación de excedentes. De este modo las áreas agrícolas derivan en centros forrajeros y sus conductores devienen en pequeños, medianos o grandes productores de leche; y no hay poblador rural, por pequeño que sea, que no abrigue la esperanza de transformar su pequeña parcela en forrajera para dedicarla a la crianza de vientres activos.

Esta concentración de la economía alrededor de la leche produce consecuencias inevitables. Por un lado, el continuo cruzamiento de la reserva nacional con razas de "sangre pura", cambia su contextura física; y de otro, cede su capacidad reproductora, se restringe también su fuerza de trabajo por la demanda del monocultivo. Por estas razones el toro de vieja estirpe no sólo disminuye en número y calidad, sino pierde a su antiguo propietario, el pequeño conductor, que al no producir un excedente necesario para su manutención, cede al establo de medianos y grandes productores. Aquí, como se podrá deducir, no será empleado como reproductor, sino en aquella afición que identificó toda una tradición: las peleas de toros. Desde el punto de vista de sus criadores, los toros de pelea son para la burguesía agraria, lo que los gallos de pelea, para aficionados de los barrios populares.

### 3. *El toro en el establo*

Sobre la vida y la conducta del toro salvaje, De Cossío menciona tres impulsos motrices: de defensa frente al hombre y a los animales carnívoros, de búsqueda de alimentación en la dehesa y de selección sexual (19). Dotado de pasividad por su condición de hervíboro el toro es asustadizo. La agresividad le viene como natural consecuencia de una actitud de defensa que incluye, además, el instinto de liberación. A este instinto se asocian una fuerte tendencia al aislamiento y la timidez frente al movimiento y al color; el sonido, el olor y las variaciones bruscas de la temperatura son igualmente factores que los convierten en animales fácilmente irritables. Otro factor, tal vez el más decisivo, está vinculado a la vida sexual. El jesuita Laburu (20) observó que en las épocas de celo aumenta la acometividad del toro, dándose por este hecho frecuentemente casos de "chulería", y es común en los establos advertir la inquietud del toro cuando una vaca ha entrado en "estro" aún si se encuentra a una distancia lejana.

---

(18) Véase en "II Censo Nacional agropecuario" de 1972.

(19) Además de De Cossío, en Carthy, J.D.: la conducta de los animales; Ed. Salvat, 1970; 84.

(20) De Cossío: Op. cit.

Dotado además de una memoria elemental, el toro puede aprender experiencias y reproducir respuestas. El toro vencedor suele asociar ideas de victoria a las sensaciones agradables de dominar a sus semejantes, de defender su primacía o puesto de “mandón”, pero también aprende a asimilar los sentimientos de simpatía hacia personas o lugares. Se dice con frecuencia que guiados por su instinto, pueden volver a su querencia desde el lugar donde se encuentren.

Si estos son los rasgos psicológicos del toro salvaje, los de un toro arador no serán exactamente iguales ni totalmente diferentes. Las diferencias son más bien de grado. Como los anteriores, poseen instinto de defensa, temperamento esquizotímico, aguda sensación olfativa, irritabilidad, celo, etc., sólo que en menor grado; algunos de estos rasgos, como la agresividad, se potencian, por ejemplo, contra el hombre. Tal diferencia se explica en gran parte por la domesticación de su conducta en un nuevo ambiente: el establo. Convive en sociedad con otros animales y con el hombre. Apartado de la jungla, pierde el temor al hombre y no requiere afrontar riesgos en la búsqueda de alimentos; en tal sentido, reduce su instinto de defensa y la misma agresividad se restringe a la posesión del espacio privativo y al celo. Decía el jesuita Laburu que los toros verdaderamente bravos no acometen a los demás porque tienen seguridad de su bravura y el dominio del espacio que ocupan, en cambio los mansos se cargan y desafían rodeándose de un gran aparato amenazador antes de acometer.

Para el campesino de la campiña arequipeña estos rasgos le resultan completamente familiares; los conoce y los descubre en su propio lenguaje. “Los toros han peleado desde siempre”, dicen con la seguridad del que ha crecido junto con los novillos y los han visto convertidos en toros de pelea, elevar en la lucha polvorientos escenarios, y más tarde, cuando han entrado en decadencia, marchar al matadero. ¿Por qué pelean? La explicación es sencilla: porque los uncen mal en la yunta, porque provienen de diferentes potreros, por la vaca o simplemente “porque se miran mal”. Ciertamente importante es el factor raza. Cualquier toro no sirve para urdir una pelea. Un toro de sangre pura, por ejemplo, no sólo no puede pelear sino que tampoco sirve para el trabajo; aunque sea una “mole” de carne no tiene resistencia muscular ni cornamenta. ¿Cuál es esa raza? De inmediato viene a la memoria el toro serrano, de Cotahuasi o Chuquibamba, que cruzado con vacas de sangre pura, las “extranjeras”, da como resultado una raza mestiza que hereda los cuernos, la fuerza y bravura del padre y los tamaños de la madre. A esa estirpe de toros que eran verdaderas “torres” de carne, con desarrollados cuernos, se conoció como “raza nacional”, que hacía una considerable población décadas atrás y era importante fuerza de trabajo, que en realidad sólo era entrenamiento para las peleas o peleaban nada más para probar

que eran buenos aradores. Era la época en la que se formaba una perfecta ecuación entre arador y cotejador. La separación fue introducida más bien por Menelik, en la década del cuarenta, que fue una nulidad para el trabajo, pero sí, el mejor cotejador de todos los tiempos, y hoy en día el más modesto criador está convencido que para peleador, el toro no necesita ser arador; es más, no debe o debe dejar de serlo.

Este hecho, naturalmente, supone que el criador ha descubierto, al cabo de los siglos, que los toros de pelea se deben principalmente a la crianza, a los cuidados en la alimentación a base de concentrados, a un mayor consumo de leche desde su nacimiento, abundante forraje fresco. Aparte de estos cuidados en su crianza y desarrollo, en que el propietario pone todo el empeño posible, sabe que un toro, para ser de pelea, requiere un adiestramiento permanente.

La cuestión inicial para un criador de éxito es descubrir en los primeros años cuándo un novillo es bueno para destinarlo a las riñas. Y uno de los signos infalibles es la carga de fiera que adquiere el animal cuando distingue en la lejanía un presunto rival, o cuando "tiene un vuelo ligero al dársele palmadas en las ancas, o cuando ha dado muestras evidentes en el propio establo frente a otros novillos. Otras veces es suficiente la herencia biológica, pues se admite sin discusión que de padres cotejadores saldrán descendientes con las mismas cualidades. Este último criterio es tan importante entre los criadores, que ponen mucho celo cuando van a programar un cruzamiento. Algunos llevan registro del árbol genealógico de un toro de cotejo ubicado en séptima u octava generación y saben, con la pericia de un apasionado, en qué momento determinados rasgos empiezan a debilitarse. En cualquier caso, cuando el examen es aprobatorio, lo adiestran con esmero desde los primeros años o desde que nace, según las teorías de cada cual; pero cuando ha alcanzado edad y ha dado muestras de cotejador cuidan su sentido autista apartándolo a veces a un lugar solitario donde el toro desarrolla, a medida que evoluciona en trapío, el sentido privativo del espacio que ocupa. Nutre allí su capacidad irritativa frente al rival, lo engríen cotidianamente variando reglas y actitudes, palpándole la espaldilla o las ancas, hablándole en un tono sugestivo al punto que el toro llega a identificar la voz del criador y reacciona a su menor vibración aunque se encuentre en el potrero o en el campo de batalla. El criador o preparador pasa generalmente buena cantidad de tiempo junto al toro amaestrándolo mediante el uso simultáneo de obstáculos "internos" y obstáculos "externos" (21), estimula incluso sus zonas erógenas, o lo lleva a pasear a través de la campiña, despacio o co-

---

(21) Bally, Gustav: El Juego como expresión de libertad; México, Fondo de Cultura Económica, 1973, pág. 44.

rriendo, con obstáculos o a campo traviesa; y para estimular en la lucha misma lo hacen pelear con rivales menores que le sirven para entrenamiento, de manera que al cabo de un tiempo ha acumulado el sentido de la victoria. Es decir, la preparación del toro de pelea supone toda una práctica que el agricultor de la campiña conoce con un solo concepto: "engreimiento". Cuando los toros no se acometen y han fracasado todos los recursos del señuelo, se dice entonces que a los toros les falta engreimiento, expresión que encierra una crítica a quienes desconocen los secretos del criador de toros de cotejo. Por lo demás, todo criador está convencido que el toro requiere de los mismos preparativos que el boxeador profesional o los gallos de pelea, que efectivamente es necesario mimarlos como si se tratara de una persona, un hijo: en una palabra, es necesario crearles un "yo" capaz de desatar las fuerzas de la agresión.

#### 4. *Cuando el amo se va a los toros*

El escenario donde se llevan a cabo las peleas de toros puede ser cualquier lugar de la campiña y en fechas variables, aunque las programaciones tradicionales se señalan como corolario de festividades fijas. La Pascua en Sabandía, el miércoles de ceniza en Acequia Alta, la festividad de la Virgen del Rosario en Zamácola, la feria agraria en Cerro Juli. Conforme ha venido aumentando la afición se le dio una orientación práctica como el medio más eficaz para obtener fondos y realizar obras de bien público. El escenario consiste por lo general en un espacio de regular extensión —una cancha de fútbol, un terreno de cultivo de descanso—. En su mayor parte, aunque se indiquen como lugares fijos, son acondicionados en la víspera de las peleas con planchas de calamina o cercos de alambre, los que deben estar bajo la vigilancia permanente de un custodio para evitar el ingreso de los "palos". En todos los casos el escenario no ofrece garantía alguna al resguardo de los espectadores. Literalmente no existe una barrera en el sentido que pueda evitar la invasión de la cancha por el público. Y son muchas las veces en que un toro al fugar de la cancha arremete con lo que encuentra a su paso, sea personas, animales, automóviles o kioscos. El que se pueda producir un accidente es una cuestión que se tiene por descontado.

Las peleas de toros empiezan casi siempre a las dos de la tarde y se prolongan por tres o cuatro horas, todo depende de la calidad y duración de cada cotejo. Una pelea puede durar de cinco a veinte minutos, en casos demasiado breves y en otros demasiado prolongados, lo cual dificulta sacar un promedio y pensar en una duración determinada. Para un aficionado, una buena pelea no debe durar tan poco tiempo ni prolongarse más allá de quince minutos que es el apreciado como tiempo ideal. Todo programa incluye tres categorías de peleas: preliminares, de semifondo y peleas de fondo, que

en conjunto hacen de 10 a 12 peleas para un tiempo de cuatro horas. Y la distribución de los cotejos en las tres categorías se hace siguiendo un criterio comparable al del boxeo. Según ese criterio las peleas preliminares constituyen una categoría inferior con relación a las otras. Para este nivel, se cotejan toros que se inician recién en la campaña taurina y son por lo común toros de menor trapío (22). Su ascenso a los niveles siguientes está condicionado por el aumento de peso, edad y un rendimiento estimable como "cotejador", de modo que cuando se designan las peleas de semifondo, la selección corresponde a su estado adulto aparte de exhibir "experiencia" con un récord mínimo en las lides. Particularmente las peleas de fondo, que comprenden uno o dos del programa, involucran a toros que tienen fama de "cancheros", es decir con performance de victorias y tal vez de algunas derrotas. En la proporción de estas categorías se distribuyen el interés del público, el monto de las apuestas y hasta la lucha entre los hombres.

Los cotejos se establecen con anticipación de varios días por una comisión conformada por personas entendidas en toros, quienes siguiendo los criterios de "trapío" y experiencia proponen cuales toros pelean con cuales. Pero antes de fijar un cotejo la comisión debe contar con la aprobación de los propietarios. Ocurre muchas veces que un cotejo propuesto es rechazado por una de las partes o ambas, sea porque no está de acuerdo con el monto del "flete" o porque no les resulta conveniente las condiciones en que se cotejará, en cuyo caso la comisión decide nuevas opciones. Por esta razón se establecen con cierta frecuencia cotejos de última hora, decisión que pueden adoptar también cuando una pelea resulta indefinida.

Una vez fijados los cotejos los propietarios intensifican la preparación de sus toros someténdolos a una sobrealimentación, redoblando largas caminatas por la campiña, etc. Algunos toros permanecen en ayuno desde la víspera o reciben una escasa ración; por la mañana les afilan los pitones con limas o cristales rotos hasta dejarlos en punta de aguja, aunque esta operación suelen hacerla minutos antes del cotejo. Unas horas antes del encuentro los toros son llevados al escenario, a pie o en camión de acuerdo a la distancia, y, en las proximidades, permanecen amarrados a una estaca. Al dar esta información el criador, en muchos casos se "guarda" algunos datos que constituyen parte de su "secreto" de preparador. Dicho secreto está relacionado al hecho de que los criadores se acusan entre sí de dopar a su toro con el objeto de que pueda sobreponerse a la fatiga, a los dolores, y poder, en último esfuerzo, inclinar a su favor la contienda. "Les dan pichicata", se oye decir más de una vez cuando el toro ofrece resistencia pese a los golpes o "clava-

---

(22) Un toro puede empezar a ser cotejado a partir de los dos años de edad, aunque no hay un criterio homogéneo que indique una edad límite. En buena parte de los casos gravita decisivamente el estado de ánimo expresado mediante el "desafío".

das” que en condiciones normales les habrían hecho abandonar la batalla. Algunos años atrás se hablaba de una práctica vetada por los preparadores y la afición; ella consistía en la “curación” que hacían al toro dándole de beber sangre, de modo que el rival en el momento de la confrontación apenas percibía su olor se daba a la fuga.

Para un apasionado criador todos los minutos previos son decisivos y los provecha para los retoques finales. Si no está junto a su toro, aunque sea para “hacerse oír” por enésima vez en el mismo tono sugestivo de su voz, está yendo y viniendo de la cancha a la estaca con una tensión nerviosa que contagia a los demás. Cuando los jueces de cancha le han notificado su ingreso, se dan casos en que el propietario arenga al toro durante el trayecto.

Puestos frente a frente los toros se “cuadran” observándose mutuamente, rascando el suelo con las patas, inclinando el cuerpo hacia atrás, torneando el pescuezo y los ojos encendidos de furor, la típica posición que dura apenas segundos o varios minutos antes de embestirse testuz contra testuz. Si han sido debidamente cotejados los toros no tardan en enfrentarse, pero si no existe equilibrio, uno de ellos huye sin embestir o se mantienen prolongadamente en desafío. En este momento intervienen los propietarios con todos los recursos del señuelo, estimulándolos a voces, “tocándoles la campana”, o haciendo pasar una y otra vez una ternera por el espacio intermedio. El encuentro mismo se puede dar en varios intervalos o en uno solo, y depende, en todo caso, de la fortaleza de los animales. Virtualmente la lucha termina cuando uno de los toros huye del escenario. En este instante se producen los accidentes. En síntesis, una pelea promedio supone estos tres momentos:

Vencedor y vencido son devueltos a la estaca o subidos a la zaga del camión después de una apremiante labor por sujetarlos en los alrededores de la cancha. Mientras el vencido lo hace sin pena ni gloria, si bien su derrota significó un descenso automático en el cuadro de probabilidades por disputar el trofeo máximo, el vencedor lo hace en medio de muestras de simpatía. Es conducido previamente por su propietario a la tribuna donde recibirá el trofeo honorífico de parte del padrino a quien fue dedicada la contienda. Se trata por lo común de un personaje importante, una autoridad, un agricultor de trayectoria, un general, un profesional destacado. El propietario lo recibe rodeado por el círculo de partidarios y amigos que vitorean al toro y en ocasiones al propio dueño y al sector de la campaña que representan. Sin lugar a dudas la victoria no pertenece solamente al toro.

Entre tanto el público ha seguido todas las peripecias del cotejo, levantándose del asiento o cambiando de lugar, retrocediendo en masa y replegándose a la cancha, dando instrucciones al propietario para que estimule

de esta manera y no de otra, alentando a gritos al favorito.

Según va evolucionando la tarde hacia los cotejos finales, la inquietud aumenta, sobre todo en el sector del público que proviene de las áreas rurales y que forman grupos definidos: los Paucarpata, los Sabandía, los Characato. Son los que, a diferencia del público ciudadano que sigue el espectáculo entre asombrado y temeroso apretujado en lugares prudentes, intervienen directamente en los cotejos transformándose eventualmente de espectadores en actores. Cuando esto ocurre el escenario parece por momentos convertido en una zona caótica donde están confundidos toros, propietarios, partidarios y el grueso del público, estimulando, discutiendo, azuzando, de tal manera que termina complicando el resultado final de la contienda. En cuestión de segundos los hombres se hallan envueltos en altercado violento comprometiéndolo a familiares y personas afines. Ni la acción de la policía montada a caballo ni el afán puesto por los demás hombres del orden puede muchas veces controlar la masa. La misma voz que llamaba a la cordura por los amplificadores termina diciendo: "Así son las peleas de toros, señoras y señores", expresión que alude a este hecho, donde la violencia física entre las gentes forma parte del espectáculo.

Como ocurre en la mayoría de los juegos, en los que primero se da el hecho, el fenómeno, y pasado un tiempo que comprende décadas, incluso siglos, se elabora recién y promulga la reglamentación del mismo, después de una lenta y larga acumulación de elementos de juicio, en las peleas de toros sucede lo mismo. No existe un límite de tiempo, ni de peso o edad, ni de pautas fijas que deban regir el comportamiento de las personas dentro y fuera del escenario. Lo que existe son criterios más o menos aislados para organizar los cotejos o controlar el estado de participación de los astados, los mismos que corren a cuenta de personas de probada honradez y entendidos en esta afición. Conforme a los programas que se distribuyen, estas personas forman dos grupos: jueces de cancha y jueces de pelea. Los primeros hacen cumplir el ingreso de los toros a la hora prevista. Identificados con una cinta de color prendida al brazo están recorriendo las proximidades del escenario para notificar el turno de los siguientes "cotejadores". Con algunos contratiempos allí termina su función. Los jueces de pelea, identificados con cinta de diferente color, varían de tres a cuatro y están dentro del escenario, intercambiando opiniones sobre el desarrollo del cotejo y, cuando éste termina, para emitir el fallo. Su presencia es casi decorativa. Ni los toros empiezan a pelear cuando ellos lo ordenan ni el público espera que emitan el fallo para saber cuál toro ha vencido. A lo más pueden ordenar a la policía para retirar a los partidarios o propietarios que se exceden en los estímulos. En una palabra, no dirigen jamás una pelea. Quizás se debe a esta razón el que personas ajenas a la agricultura y al deporte de los toros sean nombrados honorífica-

mente como ocasionales jueces de pelea. Sin embargo de estos hechos, existen ciertas presiones para confeccionar un reglamento de cotejos. Pero esa aspiración debe afrontar varias dificultades: en primer lugar, lo difícil que supone obtener criterios comunes entre diferentes entendidos que representan distintas zonas de la campiña; en segundo lugar, el poco optimismo que se tiene respecto al futuro de las peleas de toros; por último, el clima de conformidad dada a la "suficiencia" de los entendidos. Con todo, hay quienes se inclinan por la idea de tomar prestado el reglamento de las peleas de gallos para, en base a él, confeccionar uno propio. ¿Por qué no? En términos generales una pelea de toros es semejante a la que protagonizan los gallos o los mismos hombres en el ring, los distingue solamente la forma y la expresión de contenidos y vivencias específicas.

### 5. *Juego profundo*

A través del juego los hombres pueden mostrar contenidos vinculados a usos, nivel social, economía, en razón de los cuales se establecen diferencias de individuos, grupos, zonas. En todo lo que hacen los hombres exteriorizan lo que son, lo que tienen, lo que anhelan. Cuando en una pelea de toros el altercado compromete a los hombres, surge una interrogante muy simple, pero no por ella menos compleja, ¿por qué pelean los hombres? Aquellos que tienen respuestas inmediatas dirán: falta de reglamento, inconformidad con el fallo, circunstancias adversas al cotejo, barbarie, etc. y no dejan de tener razón, sólo que la motivación central, aquello que verdaderamente está en juego, no aparece a simple vista de un modo espontáneo.

La relación entre riesgo y rango social hizo acuñar a Bentham, que recogió luego Geertz a propósito de las peleas de gallos en Bali, el concepto de "juego profundo" (23). Dicho concepto supone que el movimiento dado por el dinero no es lo más importante sino *aquello* que es acusado por el dinero y es allí donde se encuentra el sentido de profundidad. En otras palabras, el movimiento consistente en dinero es la expresión exterior de la capacidad social que lo produce, la misma que al incorporar el riesgo en cualquiera de las formas del movimiento exterior, puede generar un margen de pérdidas que, consideradas en conjunto, hacen derivar los "momentos placenteros" en "momentos de dolor neto" (24).

Dos indicadores —apuestas y el toro en tanto propiedad— nos permiten un razonamiento económico en las peleas de toros.

---

(23) Geertz, C: *Visión del mundo y análisis de símbolos sagrados*, PUC, Lima, 1973; Véase especialmente "juego con fuego", pág. 58 y ss.

(24) Geertz, C: *Ibid.*

## *Apuestas. —*

La circulación del riesgo en efectivo se torna compleja en la medida que las peleas corresponden a las preliminares o a las de fondo, y en la medida también que involucra a propietarios, que definen las apuestas centrales y al público en las apuestas periféricas. Las peleas preliminares por lo general excluyen las apuestas centrales; los propietarios y personas más afines, difícilmente podrían comprometer nada aparte de su palabra de conocedor; en cambio, las apuestas laterales se cursan aisladamente siendo menor la cantidad de apostadores como el monto de dinero que se pone en juego.

Pero cuando se trata de las peleas de semifondo o fondo, las apuestas tanto centrales como periféricas ascienden hasta niveles tales que, para quien no es agricultor, parece irracional que alguien sea capaz de comprometerse en semejante riesgo. No es raro que se cursen apuestas centrales de hasta 100 mil soles y otras para la misma pelea de 50 mil y 30 mil, que son depositadas en la cabina o tribuna principal; otras veces el retador no sólo apuesta un monto apreciable de dinero sino parte del toro. Esto sucede por lo común entre propietarios y allegados cuyos cuádruples son declarados favoritos para la próxima disputa del trofeo máximo, o dicho trofeo está en debate. En la proporción de las peleas de fondo y las apuestas centrales, las apuestas periféricas se multiplican: mayor número de apostadores y mayor también la cantidad de dinero en juego. Todas las apuestas centrales y periféricas son parejas; si el retador propone 10 mil, el que acepta debe cubrir con la misma cifra. Es muy raro oír “doy cinco a tres” o “dos a uno” como ocurre en los gallos donde el retador, si gana, recibe tres o uno, si pierde paga cinco o dos en su equivalente cifra monetaria. Este hecho hace pensar que el lenguaje de las apuestas no ha sido lo suficientemente desarrollado en las peleas de toros. Lo complejo, en este caso, no es el mecanismo de relación sino la cantidad que se destina al riesgo, sobre todo cuando se trata de apuestas centrales.

Es preciso señalar que la mayor parte de las apuestas son cursadas entre el público que proviene del sector agrario. La explicación es evidente: no hay agricultor de la campiña que no sienta afición por las peleas de toros. El público formado por no agricultores, de procedencia propiamente urbana, lo constituyen en el sentido literal de la palabra, los espectadores.

Pues bien, la distribución del riesgo en dinero variable pone de relieve las diferencias existentes en la estructura agraria. El pequeño agricultor no podrá arriesgar jamás la cantidad que puede perder un mediano propietario y su acceso a las apuestas centrales es mucho más limitado. En cualquier caso para un anónimo espectador común y corriente cuyo presupuesto depende de un salario, aquellas apuestas se tornan absurdas, pues en las apues-

tas centrales puede estar en juego lo que gana en un mes, o una o varias semanas de jornal, en las apuestas periféricas. Pero para un agricultor que sabe que con una cosecha puede obtener buenos dividendos, aquellas cifras puestas en juego son ciertamente "perdibles". Aunque esta última apreciación no parece del todo exacta, pues, de lo contrario, ¿cómo explicar las discusiones acaloradas y el intercambio de la violencia física o el afán puesto de manifiesto para que la pelea quede en tablas? Se dice que toda pérdida produce dolor y es inherente al hombre el deseo de evitarlo, y cuando en una pelea de toros discuten o pelean físicamente están reforzando una resistencia interior que los lleva a ganar o a perder. Los hombres verdaderamente ricos, cuando se comprometen en el juego, por lo común no discuten lo que pierden.

### *El sentido de propiedad de un toro de cotejo*

El indicador económico del rango social del criador de toros de pelea no se da satisfactoriamente en las apuestas, cuya expresión resulta mínima, sino en el hecho de ser propietario. Cualquier agricultor no está en condiciones de poseer un toro de cotejo y mucho menos un toro de programación para peleas de fondo. Considerando sólo la manutención que implica un presupuesto diario de hasta mil soles en alimentos, cuidados, medicinas, supone que en un mes el toro consume un orden de 30 mil soles, en la práctica este toro puede compensar a su propietario como carne, o lo que el mercado puede pagarle como tal, como reproductor y pocas veces como arador; puede también compensar con fletes por participar en una pelea, pero en cualquiera de los casos el costo de crianza es superior a las eventuales compensaciones. Ocurre, asimismo, que un criador de toros de cotejo posea más de un ejemplar, lo cual multiplica el presupuesto de inversión (25). Un pequeño criador o mediano propietario está lejos de esta posibilidad, lo que supone en principio el movimiento de un fuerte capital agrario.

A diferencia de otros toros (bueyes, reproductores de sangre pura, aradores) el toro de cotejo involucra a su valor real aquél otro que le viene por el hecho de ser "cotejador". En la economía mercantil el valor de la mercancía está determinado por la cantidad de trabajo que contiene y su precio oscila de acuerdo a una oferta y demanda. Si mayor es la producción, el precio desciende por debajo del valor del producto, si menor es la producción el precio del producto sube por encima de su valor; tal es la ley del valor en la economía capitalista. El valor real del toro de pelea, pues al fin y al cabo hablamos de mercancía, está determinado por lo que consume y otros factores

---

(25) Hay quienes poseen hasta 5 o más toros de cotejo, lo que multiplica de manera considerable el monto de inversión en la manutención. El promedio de mil soles/día por cabeza es válido sólo para el año 1979, lo mismo que el resto de cifras monetarias.

integrados en ella (crianza, cuidados); y su valor agregado corresponde a su condición de cotejador. El valor agregado es más inestable y oscila con respecto al primero, de acuerdo a la campaña que cumple en las lides. El ciclo de luchas con victorias y derrotas —llamada campaña taurina— es lo que determina la producción que regula el precio del toro cotejador y crea también, en torno suyo, un mercado ilusorio o ficticio. En el lenguaje de los cotejos los toros de pelea cuestan por su prestigio, o por su ubicación en los programas de fondo, categoría otorgada a toros de mayor trapío y reconocida campaña taurina\*.

Ahora bien, no todo criador aficionado es propietario ni retiene en forma indefinida sus ejemplares. Así como la afición ha incorporado un sobreprecio por el cual un toro de pelea no vale más su precio real, ha creado también una especie de mercado ficticio, un circuito de transferencias en relación al valor agregado. Cuando un toro demuestra condiciones para una deseada campaña, luego de dos o tres sucesivas pruebas preliminares, en ese momento adquiere un sobreprecio que puede ser la mitad de su valor real, al comienzo, el mismo que puede incrementarse al doble si la campaña es exitosa o puede, al contrario, perderlo todo. Este es el precio que un aficionado arriesga de la misma manera como lo hace durante las apuestas. Sin embargo, las transferencias tienen un límite. Si es un toro que ha llegado a cotejar en peleas de semifondo y tiene por lo tanto un valor agregado tres o cuatro veces mayor que su valor real, su transferencia es costosa; pero si se trata de un toro que ostenta el astero de plata, cuyo valor agregado es hasta diez veces su valor real, la cifra es ilusoria y lo convierte en la práctica en un toro intrasferible (26).

Hasta aquí hemos ignorado deliberadamente el valor real del toro de pelea, dado principalmente por la cantidad que consume. Mientras que el valor agregado tiene un comportamiento inestable, el valor real siempre está en ascenso. Con los años (se dice que hay toros de cotejo que llegan a cumplir hasta diez o doce años de edad) el toro ha acumulado valor a tal punto que ni el mercado real ni el mercado ficticio pueden pagar. Por esta razón el toro de pelea es una mercancía que se niega a sí misma. Su existencia sólo es posible gracias a las rentas del propietario, a la inversión de su capital en otros sectores de la actividad agropecuaria. Si no le reporta al propietario beneficio económico, el toro de cotejo exhibe eso sí la capacidad económica de su criador,

---

\* En los toros destinados a peleas preliminares la diferencia entre valor agregado ( $v/a$ ) y valor real ( $v/r$ ) es mínima. La relación entre ambos valores puede ser del orden de 2:1 ó 1.5:1; en cambio para un toro cotejador de fondo la relación entre sus  $v/a$  y  $v/r$  varía de 4:1 a más.

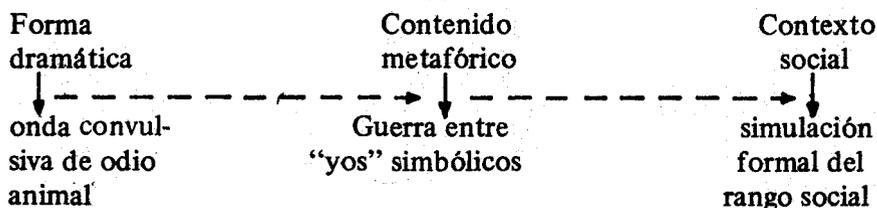
(26) Por ejemplo, el Astero de Plata de 1978 costaba 1'000,000, correspondiente a no más de 200,000 soles; la cifra que en ese momento podría pagar el mercado.

y a través de esta afición el exponente de la burguesía agraria exhibe su “yo” social. De esta manera un toro de cotejo que resulta siendo “un lujo”, una mercancía muy costosa, debe ser protegido teniendo en cuenta sus valores. Por ello resulta explicable el que los hombres se comprometan en el intercambio de la violencia física, pues lo que está en juego es el precio del toro.

## 6. “No me mates cobarde”

Explicado de esta manera, reducido un cotejo a su dimensión económica, puede expresar el efecto material de la pelea que se traduce en la pérdida o el aumento del valor del toro. Pero a nadie se le ocurriría pensar que ese aumento de valor, o su contrario, puedan tener la capacidad de promocionar la jerarquía de nadie en términos que supongan ascenso o descenso en la escalera social. Rodeado por una parafernalia material y alegórica en cotejo tampoco se agota en el escenario.

Asociada a la dimensión económica que se incluye en el contexto social, una pelea comprende además de otros atributos, forma dramática y dimensión metafórica (27). Es en la conjunción de los tres elementos que Geertz postula el poder estético de una pelea, en este caso extendido a los toros, de un modo que se percibe simultáneamente como “una onda convulsiva de odio animal”, “una guerra simulada entre yos simbólicos” y “una formal simulación de tensiones de status”. Al mezclarse en el escenario, producen en el espectador ese “momento placentero” que sólo pueden provocar los objetos de arte. Percibidos así, más que conceptuados, los tres atributos —drama, metáfora, contexto— aparecen en sucesivas e intempestivas expresiones correlativas.



La forma dramática que se expresa a través de la furia animal (de la manera como hemos descrito) exterioriza, además de un mecanismo propio gracias a la liberación del instinto, las razones que le son inducidas mediante

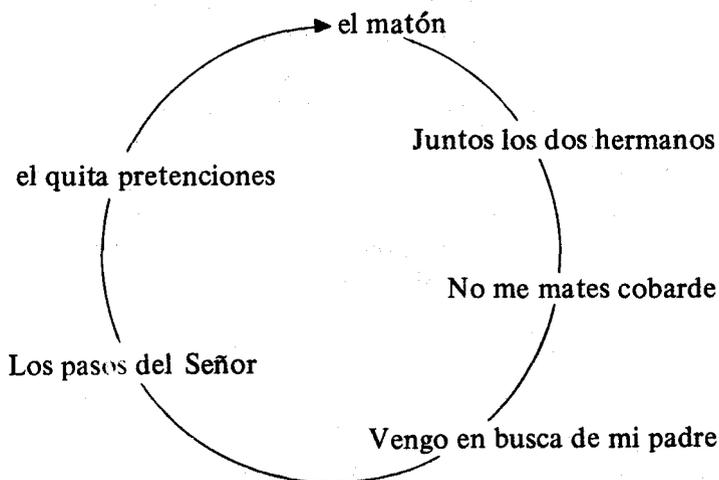
(27) Geertz, Op. Cit., pág. 70.

el señuelo y que es allí donde se extiende una dimensión cómica que precede al drama en sí. Mientras lo cómico va acompañado de la risa, por decir lo menos, la parte dramática es seguida por el silencio, las discusiones o el altercado físico. Pero el drama es la acción misma, dinámica y violenta, mientras lo cómico sólo va adherido a los actores, abonando las emociones como en el circo, para los momentos de mayor tensión. Hay quienes piensan que por esta razón un cotejo de toros está más cerca del circo que de las corridas de toros y, en cierta medida, de las peleas de gallos. Atravesando las apariencias del señuelo deriva en cómico debido a su capacidad de descubrir a los propios hombres en la figura del toro, aquellos factores o estímulos de los que ellos mismos se vuelven portadores. De esta suerte, parece lógica esa animalidad tan humana: "los toros pelean por la vaca", cuya analogía con el hombre resulta entonces festiva.

Igual careta festiva caracteriza a los nombres con que son bautizados los toros. "El matón", "Como el ajo", "Vfborá", "Juntos los dos hermanos", "No me mates cobarde", "Vengo en busca de mi padre", "Los pasos de Señor", "El quita pretensiones", por citar sólo algunos de ellos, revelan un conglomerado de sanciones que reproducen en el fondo contradicciones del nivel subjetivo, pero también son alegorías del honor, de la debilidad moral o simples condensaciones con valor anecdótico. Esta manera de nombrar no al toro sólo, sino una calle, una casa, una institución, hace fluir una atmósfera distinta, inmediata y profunda, que los hombres en determinado momento la han querido fijar como documento. Por ello, más que identificar al objeto, esa operación nominal retrata al hombre. En el sentido de lo grotesco "el matón" es una concesión al espíritu prepotente, "Juntos los dos hermanos" una alegoría de la hermandad desestimada, "No me mates cobarde" la potenciación de la resistencia o alude, de otra parte, a la anécdota en la que el toro venció a la muerte a manos de sus ejecutores; "Vengo en busca de mi padre" es hijo de "No me mates. . ." pero indica además el deseo vehemente de reproducir las hazañas del progenitor, "Los pasos del señor" asocia el espíritu religioso al honor puesto como ventaja, "El quita pretensiones" una respuesta lógica al desafío (28). Esta sucesión nominal incorporada en los toros puede extenderse en una especie de movimiento circular en todo el espacio de la campifia, y linealmente en varios años, en cuyo trayecto el contrapunto desafíos/respuestas se potencia mutuamente:

---

(28) Viendo estas denominaciones que corresponden a la década del 70, alguien ha sugerido que las relaciones conflictivas se han agudizado en comparación a décadas anteriores en las que, por lo general, los nombres eran derivados de un rasgo físico o términos cuidadosamente elegidos, pero que desde el punto de vista peyorativo se reducían al mínimo.



No puede ser más elocuente una guerra de palabras en la que el toro juega el papel de objeto intermediario, un proyectil arrojado metafóricamente, un agente de las emociones humanas. Cuando el impacto ocurre en un escenario de cotejo, los símbolos aflojan abrupta y violentamente la atadura de sus significados elevando a su punto culminante la relación conflictiva iniciada en la alegoría bajo la modalidad desafíos/respuestas. Si los símbolos pueden mostrar significados que están más allá de la figura simbólica, un cotejo nos muestra no sólo que los hombres pelean a través de la figura del toro sino que han empezado a pelear mucho antes que los toros ingresen al escenario.

Por otro lado el movimiento circular de las categorías de relación conflictiva puede alterar, como de hecho lo hace, una oposición simétrica (de individuo a individuo) en oponentes desiguales absorbiendo progresivamente a grupos y zonas. En ese caso la identidad pasa del individuo al barrio o al sector de la campaña cuyo honor, tan importante como el precio del toro, imprime al cotejo una tensión social. Esto sucede, sobre todo, en escenarios donde participan toros de diferentes zonas de la campaña (29).

El circuito metafórico supone una doble vía que depende de la manera como es empleado el toro. El primer sentido lo utiliza como objeto/agente que termina en una explosión de significados, hace de modo singular que se piense a los toros como si fueran hombres; la segunda vía, inversa de la primera, incorpora la figura merced al recurso de la analogía, como cualidad

(29) Por lo común, cotejos que se programan en ciertos sectores de la campaña incluyen solamente toros de lugar, limitándose en pocos casos los de otro sitio o calidad de invitados; pero en Cerro Juli, al finalizar la feria, las peleas convocan a toros de diferentes sectores y es donde visiblemente fluyen estas tensiones.

del hombre o su conducta y termina haciendo pensar a los hombres como si fueran toros. El código lingüístico del campesino arequipeño es ilustrativo: "Era una tora", "Mujer cornuda", "Crúzame! tío", "El toro dijo ¡mu!", "Peleaban como toros", "Córtale los cuernos", etc., adquiere una connotación diversa en el contexto social; pero, a diferencia de su adopción como proyectil alegórico, se da en la cosmovisión de una manera en que la figura del toro sirve como elemento cognoscitivo para comprender al hombre; ciertamente no al hombre de la ciudad, sino al de campo.

Para decirlo de una vez, una pelea de toros se comporta exactamente como un prisma capaz de mostrar diversos aspectos localizados en el contexto social modelado por el agrarismo, los que, al integrarse en el objeto tomado para el análisis, forman la clase de texto cultural susceptible de una lectura múltiple. Equipados con mejores instrumentos metodológicos deben estudiarse otras expresiones culturales para lograr al final, uniendo producto por producto, una imagen global del habitante que definió buena parte de la historia de Arequipa y todavía lo define hoy en día desde el campo.